

El compromiso con la paz

Patricia May

En estos tiempos es casi "políticamente correcto" decir que se está contra la guerra. Sin embargo, a menudo los insuflados discursos en su contra están cargados de semillas belicosas, de causas rabiosas que nos dejan una extraña disonancia: la sensación de que se está rechazando esta guerra específica, pero estimulando otras. Se trata de un doble discurso, aparentemente pacifista, que esconde el anhelo de guerrear en el sentido contrario.

Es distinto no participar de la idea de la guerra como forma de resolver los conflictos a estar en desacuerdo con este ataque en particular. Quizás lo que muchas personas quieren decir cuando afirman no aprobar el conflicto es que no están de acuerdo con el ataque de una gran potencia a pueblos más indefensos, pero tal vez aprobarían gustosos que estos países más pequeños se unieran contra los grandes. En este caso, habría que decir que no se está de acuerdo con esta guerra, pero no con la GUERRA. Este discurso ambivalente ha estado presente en forma histórica en la política. Por ejemplo, los adherentes de un extremo rasgan vestiduras cuando se trata de hablar de los ataques, abusos, matanzas que han recibido del otro extremo, pero aprueban como actos heroicos los que desde su pensamiento han realizado. Ahí justifican sus acciones como "restablecimiento del orden", "justicia social" o "institución de la voluntad divina", en el caso de movimientos religiosos. No hay una real diferencia entre unos y otros, todos están alucinados con la

idea de eliminar a los que piensan o actúan diferente para sacarse el obstáculo de la oposición de encima. Están embriagados con la idea de que poseen la panacea y buscan imponer su visión, trayendo el bien. Todos ellos, en su soberbia, siembran futuras guerras y más sufrimiento.

No apoyar la guerra es un compromiso más profundo, que implica salirse del modo habitual de ver las cosas, comprendiendo que las diferencias enriquecen. Que buscar caminos de síntesis implica encontrar nuevas soluciones en las que todos renunciamos a algo en pos del bien mayor. Que nadie tiene la verdad o el sistema, porque estos van cambiando de acuerdo a los tiempos. Implica tener la capacidad de ponerse en el lugar del otro y de actuar en la lógica de la inclusión y no de la exclusión.

No apoyar la guerra conlleva cultivar una actitud personal de no ofensa y, por tanto, involucra un trabajo intenso minuto a minuto. Gandhi es el ejemplo activo de esta actitud y la prueba viviente de que el pacifismo es una fuerza potente y transformadora, y no una actitud de inercia o indiferencia. De que es posible poner la fuerza personal tras un propósito mayor, absteniéndose de entrar en el juego destructor y lograr con ello un estado de cosas que no traerá, en la cadena de causa y efecto, destrucción, dolor y resentimiento futuros. Porque siempre que entramos en la trampa de la guerra, incluso creyendo que con ella estamos evitando otras, inevitablemente generamos confrontaciones futuras.

Eso es lo que Jesús transmitió al hablar de poner la otra mejilla. Con ese acto, se quiebra la cadena de violencia y se logra elevar la relación a otro nivel. Se transmuta la dinámica del que dio el golpe, mostrándole que no tiene oponente a quien golpear. Para una batalla se necesitan dos y si alguno tiene la claridad, la valentía, el autodominio y la fuerza de arrojar las armas, el otro tendrá, tarde o temprano, que hacer lo mismo.

La guerra está dolorosamente presente en todas las áreas humanas y transitar hacia otro modo de ver y vivir requerirá el esfuerzo consciente y dirigido de las personas para pasar del ojo por ojo, diente por diente, propio de un estadio evolutivo anterior, a la colaboración, la aceptación legítima de los demás y el amor.